

Ó á la pareja á quien amor vedado
Está por un zeloso cancerbero,
En aquel aposento decorado
Con lujo no, mas sí con limpio esmero,
Es, o Fernando, donde yo me instalo,
Y al estilo flamenco me regalo.

Aquí es donde al amor de un manso fuego
El grato aroma del café respiro :
Aquí en las ondas del olvido anego
Mis pesares, al par que el humo aspiro
En turca pipa del tabaco griego :
Y cual Hoffmann fantástico me inspiro,
Y evoco las poéticas visiones
Hijas de nuestras cálidas regiones.

Pero de mis delirios no hagas caso,
¡ O Fernando ! no hay llama que encienda
Nuestra apagada juventud : escaso
De fuerza ya, es inútil que pretenda
Henchir la pipa ni apurar el vaso ;
Lo que te cuento es solo una leyenda,
Mas que te prueba que la vida mia
Hechiza por do quier la poesía.

Invócala tú pues, y tus dolores
Conjura con la cítara, y tus males
Ahuyenta con tus cánticos : de flores
Ciñe otra vez tu sien, los arenales
Deja de la política y mejores
Horas tendrás : y en goces ideales
Tu celestial espíritu embebido
De tu cuerpo el dolor dará al olvido.

Remitirte un buen prólogo quisiera
Para tu libro : mas mi pluma ahora
Alguna sura del Coran te diera
Tal vez, pues Boabdil la ha vuelto mora ;
Mas en este papel mi fé sincera
Te muestra bien lo que tu fé no ignora :
Que te amó en la niñez, que aun te ama
Y AMIGO aun mi corazón te llama.

Bruselas, febrero 1852.

UNA HISTORIA DE LOCOS,

CARTA-CUENTO QUE SIRVE DE PROSPECTO Y DE PRÓLOGO

AL

CUENTO DE CUENTOS,

MIL LEYENDAS GRANADINAS.

AL SEÑOR

DON MIGUEL LAFUENTE ALCANTARA,

AUTOR

DE LA HISTORIA DEL REINO DE GRANADA.

¿ Qué es de mí, me preguntas, caro amigo?
¿ Porqué, dejando nuestro alegre suelo,
Bajo el cielo de Francia busco abrigo?
Nuevas de mí con cariñoso anhelo
Me pides...; ay de mí ! yo de mí mismo
Tres años há que se las pido al cielo.
Tres años há que en brazos de la suerte
Llevar me dejo, y por el mundo vago
Como átomo perdido, y voy inerte
Sin pedirte razon de lo que hago.

Me acusas de indolencia, de egoismo,
De ingratitud, de olvido..., y en el nombre
De tu amistad reclamas el derecho
De descender de mi sombrío pecho
Hasta el callado y tenebroso abismo.

Tienes razon, Miguel : tu noble mano
Que disipa la niebla en que la Historia

Envuelve de los tiempos el arcano ;
 Tu mano varonil que, asiendo un dia
 De la verdad la luminosa tea,
 Se dignó conducirme
 Por el morisco espléndido recinto
 De la Alhambra encantada,
 Y á través del florido laberinto
 De los cármes frescos de Granada,
 Tiene derecho á descorrer ahora
 Las tinieblas de un alma, en la que un dia
 Luz derramó tu ciencia indagadora :
 Luz como la del sol, fecundadora,
 De mi fé gérmen, de mi númen guia.
 Mas hácesme á la par tantas preguntas,
 Tan precisas, tan íntimas, que creo
 No poder contestar á todas juntas,
 Por mas que lo procure mi deseo.
 Quieres saber dó estoy, en qué me empleo ;
 Porqué abandono nuestra dulce España ;
 Si riqueza ó placer, duelo ú hastío
 Me obligan á vagar por tierra estraña ;
 Si, ahogado para siempre el canto mio,
 No alzaré ya mi voz al són del rio
 Que los vergeles de la Alhambra baña.
 Quieres saber si espléndida fortuna
 De mis hogares para bien me aleja,
 Ó si anuda mi féretro á mi cuna
 Misteriosa desgracia ó importuno
 Afan que mudo en mi pesar me deja.
 Quieres, Miguel, que, si por caso alguno
 Favorable ó fatal, la vida mia
 Cambia y empieza para mí otra era,
 Antes de sepultar uno por uno
 Los dulces sueños en que ayer vivia,
 Antes de que me lanze en la carrera
 De mi segunda edad, te dé siquiera
 Un hilo conductor que sea guia
 Del laberinto de mi edad primera.
 Quieres, en fin, el pliegue mas espeso,
 El rincon mas recóndito y profundo
 Ver de mi corazon y mi memoria,
 Y de tu tierno afan en el esceso
 Conocer de mi espíritu la historia,
 Con intencion tal vez de darla al mundo.
 Mas yo no tengo historia. Sepultado
 En mi cámara siempre y circuido

De fantásticos seres, he vivido
 De sus sombras no mas acompañado,
 Con ajenas historias divertido,
 Y á cuidados ajenos entregado.
 He sentido pesares y amarguras :
 Mas ¿ quién hay, si nació, que no las sienta ?
 He corrido peligros y aventuras :
 Mas en época tal ¿ quién no las cuenta ?
 Tú crees que una razon desconocida
 Á la halagüeña sociedad esquivo
 Me hizo y hurraño que á enterrarme en vida
 Me obligó acaso roëdor hastío,
 Que me hizo aborrecer las diversiones
 De un mundo para mí *sin ilusiones*,
 Como hoy se dice, y por el cual, mancebo
 Siendo y social y jugueton y activo,
 Viví, torbo poeta del Erebo,
 Ocupado en forjar obras horrendas
 Que, en nueva forma y en estilo nuevo,
 Dieron al mundo en páginas tremendas
 Sangrientos dramas, bárbaras leyendas,
 Narraciones de impíos sacrilegios,
 Visiones y nefandos sortilegios,
 Cosas que el vulgo vil halló estupendas.
 Dícesme que sospechas algun caso
 Siniestro en mi niñez acontecido,
 Solo de mi familia conocido ;
 Alguna herida en el honor acaso,
 Resentimiento de amor propio herido,
 Un odio ó un amor sin esperanza
 De conseguir jamás perdon ú olvido,
 Recompensa ó venganza,
 Que me tuvo del mundo retraido :
 Mas en verdad te digo quo te engañas,
 Que sueñas lo que no es, amigo mio ;
 No hay en mi vida fábulas estrañas,
 Ni mis costumbres con el mundo hurrañas
 Ménos son hijas de precoz hastío.
 Yo no soy de esos mozos mentecatos
 De *ilusiones perdidas* y alma seca,
 Que nacieron ayer, y ya insensatos
 Decrépitos se creen ; en mí no trueca
 La romántica moda las edades :
 Y aunque no vigorosa, sino enteca
 Por mi constitucion y cualidades
 Físicas, y á pesar del siglo necio

Que papa semejantes vaciedades,
 Mi juventud es juventud : es recio
 Mi corazon y jovén todavía,
 Y no me cansa la existencia. Aprecio
 La esencia que el Señor puso en la mia,
 Y en mi fé le bendigo humildemente
 Al sentir que en mi pecho y en mi mente
 Un alma no se encierra inerte y fria,
 Que el bien no goza y el placer no siente.
 La soledad, Miguel, en que he vivido
 Hija no más de la costumbre ha sido ;
 Y, libre del poder de otro misterio,
 Mi carácter no más ha sucumbido
 De la costumbre al poderoso imperio.
 Dícesme que al leer de mi poema
 Los cantos que te envié, te ha sorprendido
 La fé tenaz, supersticiosa, estrema,
 El entrañable é infantil cariño,
 La adoracion con que hablo de Granada,
 Que no es al cabo la ciudad amada
 Donde nací y pasé mi edad de niño.
 Tienes razon, Miguel : defecto es ese
 De mi obra miserable, que revela
 Algo de misterioso, aunque me pese
 Tal confesion ; pero en verdad te digo
 Que no me pertenece ese secreto.
 Es una historia ajena, á la que abrigo
 Presta mi corazon y que conmigo
 Siempre como mágico amuleto,
 Cuyo poder al cielo me hace amigo.
 Yo te la contaré mas adelante,
 De tu curiosidad pues es objeto,
 Y á mi vida volvamos un instante.
 No, no hay en ella nada que acreciente
 Su valor para el vulgo, ni un ambiente
 Dramático la envuelve bajo el velo
 Del misterio que crees. Breve y sencilla,
 Aunque cual breve triste, es solamente
 La de un oscuro hidalgo de Castilla
 Que, último de su raza, en otro suelo
 Busca otro nuevo hogar, busca otra gente,
 Á orillas de otro mar, bajo otro cielo
 Dó su pasado mal no halle presente.
 No voy en pos de recompensa alguna,
 Ni de fortuna en pos mas venturosa :
 Yo no busqué amás á la fortuna.

¿ Amiga al fin me buscará ? Lo ignoro.
 Yo he visto á esa inconquistable diosa
 Seguirme pertinaz desde la cuna ;
 Me ha ofrecido mil veces amor, oro,
 Aplauso, gloria, vanidad, decoro,
 Todo..., y la he dicho desdeñoso : « Pasa :
 Nada te pido : tu favor no imploro. » —
 ¿ Porqué? — Hé aquí la historia de mi casa :
 La historia que tú crees maravillosa.
 Oyela, y sal de tu ilusion.

— Un dia,
 De mi paterno hogar ante la brasa
 Mustia, que chispa á chispa se estingua
 De la desgracia al soplo, reunidos
 Los solos cuatro seres bien unidos
 De mi familia estábamos. Mi madre,
 Alma llena de amor y de ternura,
 Para quien todo el mundo se encerraba
 En mi profundo amor y el de mi padre.
 Débil muger, mas tipo de hermosura
 Meridional, de raza verdadera
 Española : ojos negros, tersa frente,
 Boca fresca de enana dentadura,
 Suave acento, sonrisa cariñosa,
 Tez pálida, morena y trasparente,
 Aguileña nariz, breve cintura,
 Casta y noble espresion, marcha ligera,
 Pequeñísimos piés, corta estatura,
 Y coronada, en fin, de fabulosa
 Negra, riza y sedosa cabellera,
 Que envolvía sus hombros abundosa,
 Y la media, en pié, la talla entera.
 Frente de ella, mi padre, magistrado
 Recto, conecedor de los secretos
 Del turbulento y anterior reinado,
 Que de espirar entónces acababa
 Con la vida de un rey y que dejaba
 Los españoles ánimos inquietos,
 En sombrío silencio meditaba.
 Á su lado un severo sacerdote,
 Hermano de mi madre, amontonaba
 Los estraviados palos del manojo
 Que ardia en el hogar : y en medio de ellos
 Su silencio y tristeza con enojo
 Viendo y con inquietud, yo, casi niño,
 La moribunda llama contemplaba,

Teniendo asida con filial cariño
 La mano que mi madre me alargaba.
 Era una triste y dolorosa escena
 Cuya accion en palabras todavía
 Ningun actor interpretado había;
 Pero la angustia de que estaba llena,
 De los cuatro en la faz se traslucía.
 Era noviembre; el sol en el ocaso
 Doraba con sus rayos postrimeros
 El cielo de Castilla, frio y raso:
 El viento del otoño, de sus galas
 Despojando la olmeda, cual plumeros
 De militares cascos, sacudia
 Con furia de los árboles las copas;
 Y de su sepllo ronco entre las alas,
 Que el hielo del invierno nos traía,
 La tempestad política venía.
 En la empedrada calle oyóse á poco
 El trote de un caballo:
 Sonoro el eco del herrado callo
 De aquel bridon que estrepitoso llega
 Resonó en el portal de nuestra casa,
 Y su crujiente són, último y lento,
 Retumbó por la cóncava bodega
 Espirando en el último aposento.
 Cual por impulso eléctrico impelidos,
 Todos cuatro á la par abandonamos
 Nuestro abrigado asiento,
 Y á la escalera y al balcon, movidos
 Por el interno afan, nos asomamos
 Mi padre, en cuyo pecho tuvo asilo
 El valor mas sin tacha (¡ todavía
 Me parece que le oigo y que le veo!),
 Con voz serena y corazon tranquilo
 Dijo: « No os azoreis; es mi correo. »
 Era, en efecto, el nuestro que venía
 De la ciudad cercana. Rompió el sobre
 De las cartas mi padre: leyó en calma
 Las nuevas de la corte que le envía
 Un amigo leal, mientras el alma
 De mi angustiada madre,
 Que por leer tambien se la aproxima,
 Con afanosa incertidumbre lucha;
 Y al fin, vuelto al hermano que le escucha,
 Dijo: « Ya está la tempestad encima. »
 Aquella noche y antes que la luna

En el cielo brillara, previnimos
 Nuestros viejos caballos, y oportuna
 La ocasion escogiendo en que la gente
 Se reunía á comentar las nuevas
 Recibidas, del pueblo nos salimos,
 Y á comenzar las dolorosas pruebas
 De una guerra civil nos dispusimos.
 La nueva aurora nos halló muy lejos
 De nuestro estinto hogar, y otras estrañas
 Riberas y el favor de amigos viejos
 Nos dieron un abrigo en sus cabañas
 Entre los enebrales y los tejos
 De sus desiertas y ásperas montañas.
 Despues... de nuestro siglo las tormentas
 Que hasta su oculta soledad llegaron,
 Los padres y los hijos dividieron,
 Y al mundo divididos nos lanzaron
 Como átomos de polvo que arrebatara
 El huracan, cuyos gigantes brazos
 El torbellino asolador desata;
 Como restos de nave sumergida
 Que entre las ondas de la mar se anegan,
 Que en el naufragio errantes se desunen,
 Y que, aunque todas á la playa llegan,
 Nunca mas en la playa se reunen.
 Trascurrieron diez años;
 En ellos... ¿ quién ignora los prolijos
 Duelos y los amargos desengaños
 Que apuramos los padres y los hijos
 En nuestra inquieta y desacorde España?
 Tres veces en los cuatro postrimeros
 Metió la impía muerte su guadaña
 En mi paterno hogar, y en él su saña
 Tras veces encendiendo sus flameros
 Alumbró tres cadáveres. Mi madre
 Fué la primera que cayó á los filos
 De su hierro fatal: luego su hermano,
 Que oyó su confesion: despues mi padre,
 Por los pesares y la edad anciano.
 ¡ Gérmenes de mi sér, dormid tranquilos
 Y velad por mi mísera fortuna
 En esta pátria del dolor humano,
 Hasta que á vuestro polvo me reúna
 El Dios que nos sacó del polvo vano!
 Solo restan, Miguel, breves renglones.
 A su fé y su pendon leal mi padre

Se arruinó en la política contienda :
 Yo por salvar su honor vendí mi hacienda...
 ¡ Dios la dé un dueño que mejor la cuadre !
 Oré al umbral de su mansion mortuoria,
 De su triple atahud guardé la llave,
 Y abandoné un país dó su memoria
 Poseía no más. — Tal es mi historia.
 ¡ A Dios el porvenir, que es quien le sabe !

Pasemos á otro asunto. — Vá de cuento.
 Paseábame yo un dia
 Por la ciudad que vió mi nacimiento,
 Valladolid, hoy triste y silenciosa,
 En otro tiempo alegre y bulliciosa,
 Y de la corte de Castilla asiento.
 Paseábame, digo,
 Por su antiguo Espolon, solo y apático,
 Deseoso de hallar algun amigo
 Con quien trabar conversacion sabrosa,
 Cuando vi que á propósito
 Me deparaba Dios el mas simpático,
 El mas leal de los que allí tenia,
 Que allí de paso como yo vivia,
 De chistes amenísimos depósito
 Y elegante doctor homeopático,
 Amigo de la dulce poesía.
 Tendíle al punto y con placer la mano,
 Y él con jovial semblante,
 Con el cariño franco de un hermano,
 Enlazando su brazo con el mio
 « Te buscaba, exclamó, y hace un instante
 Que habiéndome indicado que hácia el rio
 Te vieron descender, calle adelante,
 Te seguia los pasos.

— En buen hora
 Me encaminé, repuse, á esta alameda
 Donde tu compañía me procura
 Esa feliz casualidad. Me queda
 Solo el temor ahora
 De que sea algun mal lo que te obliga
 Mis huellas á seguir con tal premura.
 — No sé lo que te diga,
 Dijo el doctor. El caso tanto tiene
 De bien como de mal.

— ¿ Qué es, pues, el caso ?

¿ Un nuevo autor que me dedica un drama ?
 ¿ Unos versos de un chico que me quiere
 Leer su padre ? ¿ el *album* de una dama ?
 ¿ Un convite tal vez ? ¿ Un desafío ?
 ¿ Una apuesta ? ¿ un ensayo ?

— Nada de eso :

Es un enfermo mio
 Á quien, de mi amistad en un esceso,
 Te ruego que visites.

— ¿ Estás loco,

Doctor ?

— Él es quien ha perdido el seso.

— ¿ Es un demente ?

— Sí : pero tranquilo

Ahora, está en su lúcido intervalo
 Seis dias há que le dejó el acceso.

— ¿ Y dónde vive ?

— ¡ Toma ! en los Orates.

— ¡ Pues háblale del palo

Al que espera sentencia de garrote !

— ¿ Pues qué hallas que te espante ?

— ¡ Friolera !

¿ Pues no quieres, doctor, que me alborote
 Si me pones el ánima en un hilo
 Metiéndome en la casa en que me espera
 De los poetas el postrer asilo ?

— Poeta es en verdad del que te hablo.

— ¿ Y quieres para hacerle compañía
 Enjaularme con él ? ¡ por vida mia !

Creo, doctor, que te aconseja el diablo.

— No, sino Dios tal vez ; en mi esperiencia,

Creo que ha de influir profundamente
 De su mal en alivio tu presencia.

— ¡ Pues tendria que ver !

— Oye en paciencia

Y hablemos si te place sériamente.

— No deseo otra cosa.

— Pues escucha.

El doliente en cuestion es un mancebo
 Á cuya triste y liberal familia
 Mil atenciones desde niño debo.
 Há un año que de Orates en la casa
 Tuvieron que encerrarle, y aunque sufre
 Terribles crisis, de descanso goza
 Cuando el furioso acceso se le pasa.
 Él mismo entónces de su mal se duele,

Se conoce, y suplica
 Que en la crisis fatal no le abandonen;
 Y en sus días serenos
 Á escribir se dedica
 Unos cuadernos de tachones llenos
 Que guarda con afán, sobre los cuales
 En silencio tenaz jamás se esplica,
 Y los defiende siempre con empeño,
 En calma ó crisis, en vigilia ó sueño.
 Yo no sé quién le dijo el otro día
 Que en la ciudad te hallabas,
 Y bien porque tu nombre conocía
 O porque le escitó nueva manía,
 Porque le dejen visitarte clama,
 Y dice á todos que si de él supieras
 Tú mismo al punto á visitarle fueras,
 Y sin cesar te llama.
 Dice que has sido tú de su demencia
 La causa involuntaria; que tú solo
 Le puedes aliviar con tu presencia,
 Y que cristianamente
 Todo el mal que le has hecho te perdona,
 Porque tú solo puedes á su frente
 Ceñir si quieres inmortal corona.
 Yo te suplico, pues, que me acompañes
 Á verle, y compasivo y generoso
 La manía le sigas y le engañes,
 Para darle á lo ménos,
 Ya que no la salud, algún reposo
 En los días que Dios le da serenos. »
 Dijo y calló el doctor. ¿ Podía acaso
 Negarme á hacer un bien que iba sin duda
 Á costarme tan poco?
 Vamos, dije al doctor: y á largo paso
 Dirigimos los nuestros hácia Orates,
 El deseo á cumplir del pobre loco.

Era un mancebo pálido que apenas
 En los seis lustros de su edad rayaba,
 Y en cuyos ojos negros chispeaba
 El fuego de la fiebre en que su mente
 Ardía y su existencia devoraba
 Con sus vigiliás de delirios llenas.
 Ya una arruga precoz se señalaba,

Sombría dividiéndola, én su frente :
 Y á través de la mate y trasparente
 Piel de sus sienes, de sus amplias venas,
 El enramado azul se dibujaba.
 La vaguedad de su mirada errante,
 Por la enérgica fuerza contenida
 De su empeñada voluntad constante,
 La árida sequedad, la contraída
 Sonrisa de sus labios, á su boca
 Y á su espresion prestaban cadavérica
 Y estraña rigidez, falta de vida,
 Que vendía traidora á cada instante,
 Con repentina contraccion ó amago
 De involuntaria carcajada histórica,
 La violenta y aparente calma
 Con que ansiaba en su lúcido intervalo
 Encubrir el desórden de su alma.

Tendióme el infeliz su ardiente mano :
 Me contempló un momento con ternura
 Murmurando « sí, él es; bien le recuerdo : »
 Y me cedió su asiento cortesano,
 Diciéndome con íntima dulzura
 « Ya le habrán dicho á usted que yo estoy loco :
 Es la verdad; mas lo que usted ignora
 Es que es usted la causa
 Del mal horrible que mi sér devora. »
 Yo callé, y él siguió tras breve pausa.
 « Yo, como usted, aunque con otra suerte,
 Nací en Valladolid; somos paisanos :
 Tal vez, ¡ sábelo Dios! somos hermanos;
 Tal vez mas... porque el mundo es un abismo,
 De misterios, que el hombre no penetra
 Y cuya realidad jamás advierte.
 Tal vez somos los dos un hombre mismo :
 Mas cuya esencia entre ambos dividida,
 De ella le han dado á usted la parte buena,
 La mas noble y brillante, la mas fuerte,
 La de deleites y venturas llena;
 Es decir, la salud, la inteligencia,
 La fé, la accion, el canto,
 La fortuna, la gloria, en fin, la vida;
 Y á mí solo me dieron entretanto
 La duda ruin, la ceguedad inerte,
 La enfermedad, la inercia, la impotencia,
 Las tinieblas, el mal, en fin, la muerte.
 Yo moriré por ambos enjaulado;

Usted por ambos vivirá colmado
De libertad, de gloria y de alegría,
Uno siendo los dos, y de este modo
Cuando á su seno Dios nos llame un día
Será comun entre nosotros todo;
Partiremos entrambos como buenos
De usted la suerte, y la desgracia mia. »

Yo al comprender tan loca teoría
De sonreír al fin no pude menos.
« Veo que duda usted de lo que digo :
Continuó; pero dígnese escucharme
Unos breves instantes, y á que vea
Clara, palpable mi razon me obligo.
— Hable usted, repliqué; no dudo nada
De lo que afirma usted : por el contrario,
En esa vida doble con que atada
Nuestra esencia tenemos, hasta ahora
Llevo lo bueno, lo feliz, lo bello,
Y en el placer inmenso que atesora
Bendice á Dios mi corazón por ello.
Prosiga usted; porque en verdad le digo
Que le oigo con placer.

— Pues bien, prosigo.

No sé por qué fatal coincidencia
Por el mismo camino, paso á paso,
Ha corrido á la par nuestra existencia;
Un punto no hay del universo acaso
Que haya usted visitado
Adonde yo despues no haya llegado.
Su familia de usted tuvo en Castilla
Casa : tambien la mia; magistrado
Fué su padre de usted : tambien el mio;
Habitó usted en Burgos y en Sevilla
Cuando pequeño : yo tambien. Del rio
Guadalquivir, del Arlanzon, del Duero,
Del Pisuerga y Genil la varia orilla
Que vió usted, hombre ó niño, con sus ledas
Odoríferas auras, sus olmedas
Añosas, sus esposos enebrales,
Ruinas, castillos, puentes, catedrales,
En mí despues como en usted primero,
Inspiró á par iguales
Instintos y aficiones, sentimientos
Dulces y melancólicos, el mismo
Sombrio y vagaroso idealismo;
Y las mismas costumbres y lugares

Que en nuestra infancia vimos,
Las mismas tradiciones populares
Y las mismas canciones y los cuentos
Mismos con que en la cuna nos dormimos,
Engendraron en ambos con los años
La misma gradacion de pensamientos,
Aunque distintos en edad y estraños
El uno para el otro siempre fuimos.
Estudios á ambos en Madrid nos dieron
Los padres Jesuitas :
Á usted en su estinguído seminario
Y en San Isidro á mí : y hé aquí que empieza
La larga serie de mis negras cuitas :
Hé aquí dó nace el mal que involuntario
Me ha originado usted, el fatalismo
Que al fin me ha trastornado la cabeza.

Enviéronme mis padres á Toledo
Á la universidad ; dos años ántes
Habia estado usted : de usted me hablaron
Por la primera vez los estudiantes.
Yo como usted, vagué por las alturas
De las peñas del Tajo :
Como usted admiré las esculturas
Y el difuso trabajo
De nichos, agallones, sepulturas,
Grecas, orlas, molduras y calados :
Las techumbres de cedro, los cancelos
De plata, los custodias de mil piezas,
Los inmortales lienzos y tallados
Bustos é inapreciables joyerías
De los altares santos ; los pintados
Rosetones, las moras celosías
Entoldadas de ricas sederías,
Las graves é imponentes procesiones
Que ve Zocodover por sus balcones
Colgados de sin par tapicerías.
Visité los palacios de Galiana,
El baño de la Caba, los rajados
Restos del artificio de Juanelo,
De la puerta del Sol la obra africana,
Las ruinas, las ermitas, las murallas,
Todas las venerables antiguallas
Que la imperial ciudad guarda en su seno ;
Cuanto puede ser hoy raro y curioso
En restos, monumentos,
Cantares, tradicion, historia y cuentos